

La lectura de esta obra descubre puntos de interés para la discusión e investigación, que deberían abrirse al resto de Andalucía. Un pueblo que profundizando en sus raíces históricas tiene mucho que aportar desde la riqueza de su fe a la nueva evangelización.

J. C. Martín de la Hoz

Kurt RUH, *Geschichte der abendländischen Mystik*. Erster Band: *Die Grundlegung durch die Kirchenväter und die Mönchstheologie des 12. Jahrhunderts*, C. H. Beck, München 1990, 440 pp.
IDEM, Zweiter Band: *Frauenmystik und Franziskanische Mystik der Frühzeit*, C. H. Beck, München 1993, 547 pp.

El autor, nacido en 1914, es Profesor emérito de Filología alemana en la Universidad de Würzburg, y miembro numerario de la Academia Bávara de las Ciencias. Últimamente nos había obsequiado con una monografía notable sobre el proceso de Eckhart. Ahora toma contacto con todas las corrientes místicas medievales.

Esta obra se divide en dos tomos y pretende una visión complexiva de la teología y espiritualidad místicas en la Edad media. La estructura no es simplemente cronológica, sino que se centra en los puntos de arranque de determinadas líneas místicas, que se despliegan después en ambientes, autores y obras. La división fundamental en dos tomos es más temática y formal que cronológica, pues la segunda parte trata sobre todo de la mística femenina y marca de alguna manera el paso, en la literatura mística, de la lengua latina a las lenguas vernáculas.

El primer tomo comienza con el Pseudo-Dionisio, porque constituye para el autor el punto de partida decisivo de toda la mística occidental. El siguiente punto focal son los Padres latinos, en primer lugar San Agustín, seguido por Juan Casiano y Julián

Pomerio, y finalmente San Gregorio Magno. Aunque ninguno de ellos fue propiamente místico, aportan fundamentos para la mística y preparan el camino para su desarrollo medieval. En este aspecto destaca especialmente a San Agustín, a quien no considera propiamente místico ni teórico de la mística, aunque sí una fuente innagotable para la mística medieval, por su doctrina y vida de oración. (Es evidente que Ruh maneja aquí una noción muy restrictiva de «mística», porque Agustín de Hipona lo fue, aunque no haya relatado directamente sus propias experiencias místicas, si exceptuamos algunos pasajes de las *Confesiones*).

Otra figura clave, ya entrando en la Edad media, fue Juan Escoto Eriúgena, por su influencia en el pensamiento especulativo-místico de Occidente, concretamente en el Maestro Eckhart. Eriúgena vino a ser —según Ruh— la cabeza de puente entre los Padres latinos y griegos, por una parte, y la teología monástica del siglo XII, por otra.

El segundo tomo, publicado tres años más tarde, está dedicado a la mística femenina de los siglos XII y XIII, y a la mística franciscana. Entiende por «mística femenina» textos escritos para mujeres, o por mujeres, así como biografías de mujeres místicas. Comienza con dos obras que son comentarios en lengua vernácula al Cantar de los cantares y dedica después un capítulo aparte a Elisabeth de Schönau y a Hildegarda de Bingen. Un foco de interés dentro de la mística femenina es la diócesis de Lieja. El autor estudia un gran número de mujeres místicas pertenecientes a esa diócesis y a lugares cercanos a ella, sobre las que existe escasa bibliografía. Después dedica sendos capítulos a dos místicas holandesas: Beatrijs de Nazareth y Hadewijch. De esta última ofrece un estudio amplio, valorando también la calidad poética de sus escritos. *Das Buch der Minne*, de un autor anónimo y dirigido a la formación es-

Recensiones

piritual de monjas y beguinas, ocupa también un capítulo aparte.

Seguidamente estudia con amplitud a Mectildis de Magdeburgo, valorando la calidad literaria, teológica y espiritual de su obra. Al monasterio de Helfta dedica también un capítulo, destacando las figuras de dos místicas: Mectildis de Hackeborn y Gertrudis la Grande. Con la figura controvertida de Marguerite Porete cierra el círculo de místicas de Europa central y del noroeste. En el despliegue de la mística femenina, el autor hace también una valoración del beguismo considerando las fuentes de espiritualidad de las beguinas y su aportación a la mística medieval.

La mística franciscana de la época primitiva ocupa la última parte del tomo segundo. Partiendo de la vida de San Francisco como *vita mystica*, expone su influencia en el ámbito italiano y desde allí en otros países. Después de un capítulo dedicado a San Buenaventura, se centra en la mística polémica —y a veces heterodoxa, todo habría que decirlo— de los espirituales franciscanos y en las circunstancias históricas de este movimiento, destacando a algunos de sus representantes. La mística femenina de inspiración franciscana —con su «mística de la Cruz»— ocupa un capítulo aparte, donde destaca a Angela de Foligno. Cierra la mística franciscana un breve capítulo sobre David de Augsburg.

Ruh ha escrito su obra en un lenguaje fluido y preciso, asequible a no-especialistas. Al exponer el criterio que le ha guiado en la selección de los textos, determina la noción de «mística», que para el autor es amplia, diversificada e implica grados (cfr. tomo I, p. 13-15). La misma amplitud de esta noción la hace apta, evidentemente, para el estudio de muchos autores; pero, por ello mismo, la separa, en ocasiones, de las nociones técnicas acuñadas por los profesionales. En todo caso, la polivalencia —quizá equivocada—

de su noción de «mística» complica un tanto el análisis: caben tanto los místicos cristianos reconocidos por la Iglesia, como los autores condenados por Ella. Todo lo cual no es óbice para que el método empleado refleje la honradez intelectual, la originalidad y la madurez del investigador. Como dice en la introducción, ha procedido en dos etapas: primero ha tomado contacto directo con los textos —«sin muletas»— y sólo después ha trabajado la bibliografía correspondiente, para revisar sus propias ideas.

Es interesante la distinción que hace entre «las lenguas de la mística», «la lengua de la mística» y el «lenguaje místico» (cfr. tomo I, p. 16-26). Si la primera noción se refiere al idioma en que se habla o escribe —por ejemplo, griego, latín y más tarde las lenguas vernáculas—, la segunda se refiere al habla especial de los textos místicos, y la tercera indica la expresión lingüística de las experiencias místicas, que el autor considera como una «metalengua» que viene de la eternidad, más allá de las palabras e imágenes, aunque se expresa de modo temporal. Consecuentemente, y como lingüista que es, no busca en primer término los fenómenos místicos, sino que centra su atención en los textos; pero llega desde ellos a concluir el tipo de experiencia mística que está en su origen. Los textos más relevantes vienen en el original, con la traducción alemana.

Ruh ofrece una bibliografía, que él mismo no considera exhaustiva sino básica y abierta a nuevas perspectivas; pero toda la bibliografía mencionada ha sido vista personalmente, como afirma, y no hay citas de segunda mano. Con todo, es muy amplia, detallada y actual. Resulta útil el modo de presentarla: al principio de cada capítulo, comentada a veces, y ordenada por fuentes, traducciones e investigación; esto permite conocer también el *status quaestionis* de cada tema en particular.

Se trata, por todo ello, de una obra importante. Es de apreciar especialmente su

visión amplia, de carácter interdisciplinar, tomando en cuenta múltiples aspectos que confluyen en la vivencia mística. Es interesante, en este sentido, la explicación de la *Minne* o amor cortés y del amor esponsal aplicados a la vida de unión con Dios. Para mostrar la conexión de la mística medieval con la Tradición ofrece una amplia sinopsis de textos de San Agustín (*De vera religione*) en correlación con otros tomados del Maestro Eckhart (*Von dem edlen Menschen*, en el *Libro Benedictus*), relativos a las edades espirituales (tomo I, p. 93-94). Para probar el entronque escriturístico de los místicos medievales, estudia los comentarios al Cantar de los cantares del siglo XII, en lengua latina —como por ejemplo el de San Bernardo— y en lengua vernácula, como es el caso del *St. Trutperter Hohelied*.

El primer tomo resulta más logrado, quizá porque ofrece una mayor unidad temática y estructural que el segundo, donde trata temas más polémicos, como por ejemplo la figura de Marguerite Porete y todo el ambiente en torno a los espirituales franciscanos. Aquí, en el segundo volumen, Ruh acentúa una supuesta prepotencia de lo que llama la «Iglesia papal», presentándola como una fuerza opresora. El estudio de Marguerite Porete es bueno, habida cuenta que la bibliografía es escasa; pero Ruh no concede suficiente importancia a las afirmaciones quietistas de Marguerite y a su actitud obstinada ante las amonestaciones por parte de la autoridad eclesiástica. También el relieve que concede —esta vez en el tomo primero— a Juan Escoto Eriúgena, como puente entre la patrística y el siglo XII, podría ser discutido, si no revisado.

El autor no incluye a Hildegarda de Bingen entre las místicas, porque sus revelaciones se debieron a visiones proféticas y no extáticas, como fue el caso de Elisabeth de Schönau; pero esto resulta discutible, pues las visiones proféticas de Hildegarda tuvie-

ron lugar en el contexto de fenómenos místicos extraordinarios. Por otra parte, las afirmaciones sobre la escasa cultura de las místicas medievales centroeuropeas no tienen suficiente base objetiva, porque consta que su cultura podía equipararse prácticamente a la que se alcanzaba en las escuelas monásticas masculinas. Esto habría resultado más claro si se hubiese valorado, por ejemplo, toda la obra de Hildegarda de Bingen o la de Gertrudis de Helfta. En tal sentido no está totalmente justificada la tesis del autor, de que el paso de la lengua latina a la vernácula, en los escritos místicos femeninos, se haya debido a la deficiente cultura de las mujeres, si se piensa, por ejemplo, en el nivel cultural de Mectildis de Magdeburgo, que, no obstante, escribía en bajo alemán.

E. Reinhardt

José Javier SÁNCHEZ ARANDA y Carlos BARRERA DEL BARRIO, *Historia del periodismo español desde sus orígenes hasta 1975*, EUNSA (Colección «Ciencias de la Información-Manuales», 14), Pamplona 1992, 545 pp.

Fruto de la progresiva madurez adquirida por la historia del periodismo en nuestro país nace este primer manual que trata toda la trayectoria periodística hasta fin de los años, todavía cercanos, del franquismo. Es esta la primera virtud que cabe descubrir en el libro escrito por estos dos profesores de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Navarra. Pero hay otros aspectos que también conviene reseñar, de los que sólo destacaré aquellos que guardan una relación más estrecha con la actuación de los católicos en el ámbito concreto del periodismo.

Por desgracia, como ha ocurrido en otras parcelas históricas, al estudiar la evo-